

**Nicolás Jacobone**

# **El cuaderno tachado**



Hasta ahora, Pablo ha sido aspirante a novelista y luego aspirante a guionista. Hasta ahora. Porque ahora sí escribe guiones. Guiones de éxito. Lleva dos en cuatro años. Lo ha secuestrado Santiago Salvatierra, «el más grande director de cine latinoamericano de todos los tiempos». Lo tiene confinado en el sótano de su mansión de campo. El tercer guion ha de cambiar la historia del cine. Ha de elevar a Salvatierra a lo más alto. A codearse con Fellini, Bergman y Kurosawa. Pero algo sucede. Lo cuenta Pablo en su diario de cautiverio. Un cuaderno que escribe de madrugada y tacha y esconde antes de que empiece el día. Un diario que lo quiere narrar todo. Todo.

# Cuaderno tachado

Todo empezó con un guion cinematográfico.

Un guion que no debería haber escrito.

Amadeus es un gran guion.

Lo leí más de diez veces, lo estudié, lo mastiqué, lo tragué, luego me metí los dedos hasta la garganta.

Amadeus fue una buena obra de teatro, luego un gran guion.

El guion supera por mucho a la obra de teatro.

Peter Shaffer se superó a sí mismo convirtiendo su propia buena obra de teatro en su propio (o no tan propio) gran guion cinematográfico.

Peter Shaffer no pudo haber imaginado, mientras escribía la obra de teatro, que F. Murray Abraham iba a hacer lo que hizo frente a las cámaras que filmaron su guion cinematográfico; ignoraba por completo que su obra de teatro iba a terminar siendo una película, y que esa película iba a ganarlo todo, y que F. Murray Abraham iba a hacer lo que hizo: ponerle cuerpo y alma a la mayor exposición jamás vista de la lucha entre el artista y su irremediable mediocridad.

¿Qué nombre esconde la efe de F. Murray Abraham?

Ferdinand.

Filomeno.

Federico.

Santiago Salvatierra dice que la efe no significa nada, que el nombre original de F. Murray Abraham es Murray Abraham, y que Murray se agregó la efe con punto porque a su parecer sonaba mejor.

Santiago me dijo que F. Murray Abraham es una persona despreciable.

Le pregunté cómo lo sabía, y me miró de esa manera en la que me mira cuando le hago una pregunta que no

quiere que le haga, y salió del sótano y cerró la puerta.

F. Murray Abraham es un genio despreciable, dijo.

Pero ¿no somos todos de alguna manera despreciables?

El problema no es ese, no, el problema es que la mayoría de nosotros no somos genios.

La gran mayoría.

Peter Shaffer es un genio.

¿Es?

¿Era?

Peter Shaffer escribió su obra de teatro, y luego su guión, en una máquina de escribir en un cómodo despacho con amplias ventanas y veladores de todos los tamaños para las horas sin sol.

Yo vivo en un sótano.

Hace cinco años que vivo en este sótano.

Tengo un velador que ilumina poco y nada.

Escribo en este cuaderno de seis de la mañana a siete de la mañana.

Tacho lo que escribí los minutos anteriores a que Santiago baje con su silla, la taza de café, el platito con fruta y las escenas impresas con sus notas: márgenes repletos de comentarios por lo común lamentables.

Esto que ustedes leen (si es que hay un ustedes) no es más que páginas tachadas, un texto escrito a las apuradas en un cuaderno escolar Rivadavia que traje de Buenos Aires.

Un texto en tinta azul, camuflado por prolijos tachones en tinta negra.

Tengo cuarenta y cinco años.

Hace unos veinte años que escribo.

Aunque los primeros años no escribía, intentaba escribir.

Eso sí, intentaba durante ocho, nueve horas al día.

Al terminar el secundario me había anotado en la Escuela de Música de Buenos Aires.

Quería ser sesionista.

Instrumento de elección: guitarra.

Pero no se llega a ser sesionista cuando se empieza a los diecinueve.

Ni siquiera estuve cerca.

Me borré del conservatorio antes de terminar el segundo año, harto de ver y oír a esos nenes y nenas que aún no habían terminado la escuela primaria tocar sus instrumentos como si fueran extensiones naturales de sus brazos y piernas y bocas.

La guitarra en mis manos era una impostura.

No sé si «impostura» es la palabra correcta.

Suena bien.

Cada mañana, luego de desayunar un café con leche batido Dolca con tres galletitas Lincoln que mojaba en el café con leche hasta casi deshacerlas, me encerraba en mi cuarto (mi diminuto cuarto donde solo entraba una cama angosta y corta, el amplificador Marshall que había comprado en treinta y seis cuotas, el atril con las partituras y los ejercicios de audioperceptiva y lectoescritura musical, el estéreo Technics de cuatro pisos que había comprado en veinticuatro cuotas, discos y libros desparramados en el suelo), empuñaba la guitarra Fender Stratocaster mexicana que había comprado en doce cuotas y mis manos necesitaban al menos media hora para entender qué era ese objeto alargado que las forzaba a manosear.

Cuando asumí mi fracaso como estudiante de música y mi futuro de sesionista se esfumó, mis viejos, como casi todos los viejos del mundo, me preguntaron qué pensaba hacer de mi vida:

¿Cuáles son tus planes? Queremos ayudarte, pero necesitamos saber qué es lo que pensás hacer, lo que querés hacer. Necesitamos estar seguros de que sabés qué es lo que querés hacer.

Les dije que lamentablemente no tenía la menor idea.

No les gustó que les dijera eso.

Durante veinte minutos se dedicaron al peceto al horno con puré de calabaza, en silencio, sin mirarme, sin mirarse, los ojos iban de la nada al plato y de vuelta a la nada.

Mi viejo trabajaba para un millonario dueño del veinticinco por ciento de los free-shops del mundo.

Su obligación era calificar a los empleados.

Viajaba una vez por mes (principalmente a ciudades de Latinoamérica y Europa), se instalaba en un hotel cercano al aeropuerto, y durante dos días recorría los distintos free-shops, anotando en un cuadernito de tapa color crema los detalles tanto espaciales como humanos.

Era un obsesivo del orden y la limpieza, un creyente fanático en su propia manera de ver las cosas.

Una sola vez lo acompañé, a Río de Janeiro.

Se acercó a uno de los empleados del free-shop más grande del Aeropuerto Internacional Tom Jobim y, en un portugués perfecto, le preguntó por qué las botellas de Johnnie Walker Red estaban en el estante de arriba de las de Johnnie Walker Black, cuando claramente el Johnnie Walker Red era de calidad inferior al Johnnie Walker Black; y no solo eso, por qué las botellas de Johnnie Walker Red estaban en sus cajas y las de Johnnie Walker Black no, cuando las cajas de Johnnie Walker Red no tienen nada de impresionante, no llaman la atención en lo más mínimo, y las de Johnnie Walker Black nos seducen de inmediato con sus contornos dorados y sus letras doradas; y además, el barnizado de las cajas llama muchísimo más la atención, brilla más, sobre el negro que sobre el rojo.

El empleado permaneció un rato largo mirándolo, sin decir nada, como si mi viejo fuera un asesino serial que le estaba explicando tranquilamente cómo pensaba matarlo, a él y a su familia, y cómo pensaba deshacerse de los cuerpos.

Años luego, en uno de esos vuelos, mi viejo se levantó para hacer pis en medio de la noche, se metió en el bañito

del avión, cerró la puerta, y mientras meaba apoyó la frente contra la pared curva intentando descansar la cabeza, pero antes de que terminara de soltar las últimas gotas una turbulencia inesperada sacudió el avión con furia y le partió la nuca, a mi viejo, que aún permanecía con la frente apoyada contra la pared curva y los pensamientos en cualquier lado.

Queremos ayudarte, hijo.

Era raro que me llamaran «hijo».

Muy pocas veces me habían llamado «hijo».

Me llamaron «hijo» una noche en el Hospital Italiano, luego de que, a los dieciséis años, con Lisandro, mi único amigo, nos pusiéramos un palo en Libertador.

Nos habíamos bajado una botella de vodka Smirnoff que mezclábamos con Sprite y jugo de limón Minerva.

Tocamos el cordón de la vereda con la rueda delantera derecha, y el auto dio un giro de doscientos cuarenta grados, aproximadamente, y otro auto que venía a una velocidad excesiva se clavó contra nuestro baúl; salimos disparados, apretujados y disparados al mismo tiempo, y algo explotó, en nuestro auto o en el otro, pero por suerte nadie terminó herido de gravedad.

Casi nos matás del susto, hijo.

Mi vieja había querido ser actriz, durante más de una década luchó por ser actriz, hasta que se hartó de luchar y armó con dos amigos un grupo de animación teatral infantil.

Tuvo mucho éxito.

Muchísimo éxito.

Incluso, hace cinco años, cuando me subía al avión que me trajo a San Martín de los Andes, y finalmente al sótano de la casa de Santiago Salvatierra, mi vieja, ya casi con setenta cumplidos, aún seguía viviendo de la animación infantil, no como animadora sino como coordinadora de un grupo de actores y actrices jóvenes que, al igual que ella, habían luchado por ser actores y actrices de teatro, cine y

televisión, y habían sido de forma casi siempre brusca rechazados por el teatro, el cine y la televisión.

Cuando mi viejo falleció, con mi vieja nos mudamos a un departamento más chico (un dormitorio con baño y cocina), donde compartíamos una cama *king* que apenas dejaba espacio para que pudiéramos abrir los roperos.

Luego de borrarne de la Escuela de Música de Buenos Aires, pasé varios años sin saber qué hacer.

Vivía con mi vieja, y desayunaba y cenaba con mi vieja, y durante el día me iba a un bar a leer.

Cualquier cosa.

Andaba siempre con un libro usado que al terminar canjeaba por otro libro usado.

Me encontraba con mi amigo Lisandro a tomar algo a la tarde.

Un cortado.

De vez en cuando un Fernet con Coca.

Un helado de chocolate suizo y frutilla al agua.

Si conocía a una chica en alguno de esos cafés o bares o heladerías, rogaba que tuviera un lugar donde pudiéramos vernos a solas, que si vivía con su familia al menos tuviera un cuarto para ella donde nos pudiéramos encerrar.

No conocí muchas chicas, y las pocas que conocí me abandonaron al descubrir que compartía la cama con mi vieja.

No había caso.

Ni les importaba que les mostrase que era una cama *king*, tan grande que con mi vieja ni nos rozábamos a la noche.

Acá en el sótano no tengo cama.

Santiago tardó varios días en traerme un colchón.

Esperó a que le entregase el primer acto terminado.

Esperó a comprobar que el primer acto funcionaba, que yo funcionaba.

Ahora paso las noches en un colchón que, según Santiago, perteneció a su hijo Hilario.

Un pendejo caprichoso (según Santiago) que no puede pasarse más de cinco minutos concentrado en algo, cualquier cosa. Ni unos putos cinco minutos. Que dibuja como los dioses, es un talento innato para el dibujo, pero al que no le interesa en lo más mínimo dibujar. No le interesa en lo más mínimo nada.

En aquel momento le dije que yo, a la edad de Hilario, tampoco solía interesarme por nada. Nada de nada. Y que mi vieja había sufrido mucho por eso.

Pero vos al menos leías, me dijo. Podías terminarte un libro, o aprender una canción en la guitarra. Este pendejo no sirve ni para hervir un huevo. Se aburre a la mitad. Y el huevo queda ahí, pasándose, hasta que se rompe y la clara se vuelve espuma.

Tenés que darle tiempo.

¿Tiempo? Está por cumplir veinticinco años.

Hoy en día los veinticinco son como los quince de antes.

¿Quién lo dice?

No sé.

Suena a pelotudez.

Santiago vivió un tiempo en España, México, Venezuela, Ecuador, Cuba, algunos meses en Bolivia, Perú, Chile, Paraguay, Uruguay, tres semanas en Jamaica, dos en Panamá, y unos pocos días en Colombia.

Construyó su fama de más grande director de cine latinoamericano de todos los tiempos chupándoles las arcas a los institutos cinematográficos de los países de habla hispana, convenciéndolos con su personalidad cálida y expansiva, y con su labia interminable.

Santiago Salvatierra es un director de los grandes; los grandes en serio.

Su trabajo de cámara y su dedicación con los actores, su exigencia, es inigualable.

Una mezcla de energía colosal y buen gusto; excelente gusto.

Un desborde de talento aplicado a lo que se ve.

Sus tomas rebalsan la pantalla, te mojan, te despeinan, te abrazan, te murmuran cosas al oído.

Santiago nació para dirigir cine.

Una persona construida con el único fin de ponerse detrás de una cámara.

Desde la cuna.

Sin educación de por medio.

Ambiciosamente autodidacta.

Un globo de carne y hueso cargado de imágenes eternas.

El problema de Santiago es que no sabe escribir.

Su genio, el que revienta las pantallas, desaparece frente a la página en blanco.

Santiago es dos artistas a la vez: el director que desayuna con Fellini y Kurosawa, y el guionista que abre la puerta del taller de guion con timidez y se sienta a una mesa con seis amas de casa aburridas.

No, el problema de Santiago no es que no sepa escribir.

Muchos directores no saben escribir.

El problema de Santiago es que se cree que sabe escribir.

Se cree guionista.

Se cree autor cinematográfico, en su expresión más acabada.

Muchos directores se creen autores cinematográficos en su expresión más acabada, como si solo ser director no fuese suficiente, como si dirigir una película que no escribieron fuese dirigir la película de otro, o una película no del todo propia, como si una película escrita por una persona y dirigida por otra no tuviese autor, fuese una película huérfana, o no, peor, adoptada por varios; un hijo con demasiadas madres.

La mayoría de los directores no saben escribir.

Me juego lo poco que me queda, la esperanza de que mi vieja esté viva, a que tengo razón.

El noventa y nueve por ciento de los directores no saben escribir.

A nadie importa que yo diga esto.

¿Quién va a hacer el esfuerzo de leer lo que escribí en este cuaderno y luego taché?

¿Quién anda con ganas de descifrar tachones?

El noventa y nueve coma cuatro por ciento de los directores no saben escribir.

¿Cuál es el problema?

No se preocupen.

Hay miles de guionistas desparramados por ahí, viviendo en zanjas como criaturas beckettianas, esperando la oportunidad de ayudarlos.

La película va a seguir siendo de ustedes, solo de ustedes, y un poquito nuestra.

Pongan su nombre bien grande en el póster.

Simplemente no intenten hacer lo que nosotros sabemos hacer y ustedes no, no sean tan engreídos de creer que escribir un guion es algo que puede hacer cualquiera.

El noventa y nueve coma dos por ciento de los directores piensan que escribir como Peter Shaffer es posible; cuestión de sentarse y hacerlo; cuestión de leer un par de libritos sobre las reglas básicas de cómo escribir cine y ya.

\* \* \*

Santiago se acaba de ir con su silla.

Trajo la taza de café, el platito con fruta y las escenas impresas con sus notas.

De las más de cuarenta notas, hay tres que valen la pena.

Como todas las mañanas, entró al sótano, prendió la luz, se acercó al colchón y puso la taza de café caliente bajo mi nariz.

Como todas las mañanas, me hice el dormido.

Luego nos sentamos (él en su silla y yo en el colchón) a discutir sus notas.

Con el tiempo, a lo largo de los dos guiones que escribí en el sótano, aprendí que lo mejor es no ponerse en contra de Santiago; no rechazar sus comentarios, aunque sean completamente inadecuados, como suelen ser los comentarios sobre algo escrito de personas que no saben escribir.

Con el tiempo aprendí que se puede escribir una versión buena de cualquier cosa, que lo mejor es tomar la nota (no literalmente), ponderarla, y escarbar en la nota hasta encontrar qué es lo correcto en esa nota (lo correcto para mí, no para Santiago), qué esconde esa nota que no descompone lo ya escrito sino lo enriquece.

Un proceso agotador, lo reconozco.

Pero toda colaboración es agotadora.

Debe serlo.

Al menos toda colaboración entre dos artistas que se precien.

Dos artistas que no sean hermanos siameses separados al nacer.

Este es el tercer guion que escribo para Santiago.

Los dos anteriores, como se sabe (aunque no se sepa que fui yo el que los escribió), arrancaron al cine latinoamericano de su profunda siesta y prendieron fuego las salas.

Las dos últimas películas de Santiago Salvatierra no solo fueron un éxito descomunal en la taquilla, sino que ganaron gran parte de los premios existentes, desde la Palma de Oro en Cannes, pasando por el Goya, BAFTA, Globo de Oro, y terminando, ambas películas, con el Oscar a la mejor película extranjera.

Primera vez en la historia que un director gana dos Palmas de Oro seguidas.

Tercera vez en la historia que un director gana dos Oscar a la mejor película extranjera seguidos; los otros dos: Ingmar Bergman y Federico Fellini.

Pero este tercer guion es el más difícil.

Este tercer guion es el que, en palabras de Santiago: va a conseguirlo todo.

Todo todo.

Y cuando Santiago dice «todo todo», se refiere específicamente a Hollywood.

Este tercer guion (es decir, la película que surja de este guion) es el que va a prender fuego las salas de Estados Unidos, que va a romper todos los récords de taquilla, incluso en países como Japón y China, y va a terminar arrasando con los Globos de Oro y los Oscar en sus categorías generales, no reducido al rubro de película extranjera.

Según Santiago, esta película va a ser tan grande que ni siquiera importará el premio.

Además de mejor película y mejor director, y mejor actor y actriz, y mejor actor y actriz de reparto, y mejor cinematografía, y mejor banda de sonido, las dos últimas películas de Santiago, las que escribí para él, ganaron varios premios al mejor guion.

Santiago recibió varios premios como guionista.

Su locura, o su ego, o su desfachatez, le permite sentarse frente a mí e informarme de los premios que ganó como guionista; contarme que se hizo miembro de los sindicatos de escritores de los países más importantes, incluido el Writers Guild of America, rama Oeste.

Le pregunté si podía asociarme a Argentores, la Sociedad General de Autores de la Argentina, y su risa exagerada se multiplicó en el sótano.

Una risa que es siete risas a la vez: siete versiones de Santiago, de siete edades diferentes, riendo al mismo tiempo.

Me dijo que la mayoría de los sindicatos de escritores de países importantes le ofrecían un seguro médico de

primer nivel, que los últimos años había podido enfermarse en cualquier parte del mundo sin tener que pagar un peso.

El Writers Guild of America me cubre hasta el dentista, me dijo, miles de dólares en dentista. A veces, cuando estoy arriba en casa aburrido, pienso en viajar a Estados Unidos, y unos minutos luego de aterrizar arrancarme una muela con una tenaza, para usar parte de esa plata que, si nadie la gasta, seguro se la queda un grupo de gente que no tiene la más puta idea de lo que es escribir.

Santiago me prometió que acá abajo nunca va a faltarme nada, que las necesidades básicas, y otras no tan básicas, van a estar siempre cubiertas.

Si te duele la cabeza, Norma te baja aspirinas, me dijo. Si te duele la panza, buscapina. Fiebre, ibuprofeno. Si te agarra dolor de muelas, Norma llama al doctor Miranda.

Por suerte, hasta ahora, en los cinco años que llevo en el sótano, nunca me agarró dolor de muelas.

El año pasado, o el anterior, me empezaron a sangrar las encías, y Norma me trajo unos palitos con pelo artificial, tipo cepillitos, marca Gum (me los paso entre los dientes todas las noches), que me desinflamaron las encías dejándomelas planas y rosadas.

Tampoco me falta sol.

El sótano tiene un rectángulo de ladrillo de vidrio por donde entra un poco de sol a la mañana.

Este rectángulo es esencial, según Santiago.

Me pide que me ubique bajo el rayo de sol al menos una hora al día, para que no me quede sin vitamina D, porque la falta de vitamina D reduce la cantidad de glóbulos rojos, y no es algo que se pueda solucionar con pastillas.

Norma me baja una vez por semana (los domingos al mediodía) un suplemento vitamínico que trago con un vaso de kombucha casera.

Nunca me habla.

Baja al sótano tres veces por día a traerme comida, oxigenar, hacerme la cama y limpiar un poco.

Las primeras semanas (luego de aquella tarde cuando desperté en el sótano, tras aquella cena con Santiago cuando hablamos de todo) intenté entablar algún tipo de diálogo con Norma, pero como ella no soltaba palabra, ni siquiera me miraba, me di por vencido.

Norma es mexicana.

Eso me dijo Santiago: que se la trajo de México.

Aunque no necesitaba decírmelo, porque Norma, desde el primer día, me viene matando con su comida infernal.

Nadie que no sea mexicano cocina casi todos los platos con chile poblano y cilantro.

Desde que vivo en el sótano, casi todos los platos que comí estuvieron condimentados con chile poblano y cilantro.

Pocos meses tardaron en aparecerme los primeros bubones hemorroidales.

Santiago se ofreció a llamar al doctor Miranda.

Se ofreció a pedirle a Norma que llamara al doctor Miranda.

Pero no fue necesario.

Santiago me dijo que él trataba sus hemorroides con unas pastillas masticables de *ruscus aculeatus*, *lactobacillus sporogens* y ácido ascórbico.

Son mágicas, me dijo. Y eso que tengo hemorroides hasta en los huevos. No se puede ser un gran director, el más grande director, si no se tiene hemorroides hasta en los huevos.

Las pastillas empezaron a hacerme efecto en menos de cuarenta y ocho horas.

Ahora siempre guardo un blíster junto al colchón, en una caja de zapatos Camper que llamo «mesita de luz».

Acá abajo no te va a faltar nada, Pablo.

Me faltan un montón de cosas.